

comunales, revenderlos al detall y proceder a una venta forzosa del terreno comunal tan pronto como saliera comprador.

En suma, que hablar de la muerte natural de los Comunes rurales «en virtud de leyes económicas» es un bromazo tan pesado como hablar de la muerte natural de los soldados que caen en el campo de batalla. El hecho es que los Comunes lugareños mantuvieron más de mil años y que en todas partes donde los campesinos no fueron arruinados por las guerras y las exacciones no cesaron de perfeccionar sus métodos de cultivo. Pero como el valor de la tierra crecía a consecuencia del aumento de población y del desarrollo de la industria y que la nobleza había adquirido, bajo la organización del Estado, un poder que jamás poseyó bajo el régimen feudal, se apoderó de las mejores partes de las tierras comunales e hizo todo lo que pudo para destruir las instituciones comunales.

*

* *

Y a pesar de esto, satisfacen tan bien las instituciones del municipio rural a las necesidades y tan bien responden a las concepciones de los cultivadores del suelo, que aun actualmente Europa está cubierta de vestigios *vivientes* de los municipios rurales, y la vida del campo en Europa está plagada de hábitos y de costumbres que datan del período de los Comunes. En la misma Inglaterra, a pesar de todas las medidas radicales que se tomaron contra el antiguo orden de cosas, prevaleció hasta principios del siglo XIX. Mr. Gomme—uno de los pocos sabios ingleses que se hayan ocupado de este asunto—demuestra en su obra que en Escocia se encuentran aún muchas huellas de la posesión común del suelo; el «runrig-tenancy» conservóse en el Porfarshire hasta el año 1813, y en ciertos pueblos de Invermers subsistió hasta 1801 la costumbre de efectuar la labranza en común, sin trazar límites, y repartir después que se había efectuado. En la parroquia de Kilmoire (isla de Arran) la distribución y la redistribución de los campos estuvo en pleno vigor

«en estos últimos veinticinco años», y la comisión de los Crofters halló este sistema en vigor en otras islas. En Irlanda se sostuvo el Común hasta que sobrevino la gran carestía, y tocante a Inglaterra, las obras de Marshall, sobre las cuales Nasse y sir Henry Maine han llamado la atención, no dejan ninguna duda de que el sistema del municipio rural estaba muy extendido en casi todos los condados ingleses a principios del siglo XIX. No hace siquiera veinticinco años que Henry Maine se halló «grandemente sorprendido al ver el número de títulos de propiedades irregulares que implicaban forzosamente la existencia anterior de una propiedad colectiva y de un cultivo en común», que descubrió en una corta información que tuvo que hacer. Habiéndose mantenido tanto tiempo las instituciones comunales no cabe duda que podrían descubrirse actualmente un gran número de costumbres y hábitos de apoyo mutuo en los pueblecillos ingleses, a poco que los escritores de este país quisieran prestar su atención a la vida de los lugares.

Las instituciones comunales se encuentran, vivas aún, en muchas partes de Francia, de Suiza, de Alemania, de Italia, de Escandinavia y de España. Y nada digamos del Este de Europa. En todas estas comarcas la vida de los pueblos está saturada de hábitos y de costumbres comunales. La literatura de estos países se enriquece anualmente con obras serias que tratan de este tema y de lo que a él se refiere. Limitaré, pues, mis ejemplos a los más típicos. Suiza es, indudablemente, uno de los mejores. No tan sólo las cinco repúblicas de Uri, Schwytz, Appenzell, Glaris y Unterwald conservan una parte considerable de sus tierras en propiedades indivisas y están administradas por sus asambleas populares; también en los demás cantones los municipios rurales continúan gozando de amplia autonomía y considerables partes del territorio federal permanecen siendo propiedad comunal. (También en Suiza las tierras no cercadas de los campesinos cayeron bajo el dominio de los señores. Buena parte de sus bienes pasaron a manos de los nobles en los siglos XVI y XVII. Pero la guerra de los campesinos en Suiza no terminó con una derrota aplastante de éstos,

como en los demás países sucedió; pudieron conservar una gran parte de derechos y de tierras comunales. La autonomía de los municipios es, en efecto, el fundamento de las libertades suizas). Las dos terceras partes de todos los prados alpestres y los dos tercios de todos los bosques suizos son aún en la actualidad tierras comunales, y los municipios poseen gran número de campos, de viñedos, de vergeles, de hornagueras, de canteras, etc. En el de Vaud, donde los cabeza de familia tienen el derecho de tomar parte en las deliberaciones de sus concejos comunales elegidos, el espíritu comunal es muy vivo. Al final del invierno los jóvenes de varios pueblos márchanse a los bosques para cortar árboles y hacerles bajar rodando por las pendientes escarpadas; la madera de armadura y la leña se reparte en seguida entre las familias o se vende a beneficio suyo. Estas excursiones son verdaderas *fiestas* del trabajo viril. En las orillas del lago Lemán se efectúan en común los trabajos que necesitan los terraplenes de los viñedos. Si durante la primavera el termómetro amenaza descender a bajo cero antes de salir el sol, hay un vigilante especial que llama a todos los habitantes para que enciendan fogatas de paja y de estiércol y protejan sus viñas de la helada gracias a la nube artificial que se forma. En casi todos los cantones los municipios rurales poseen «Bürgernutzen»: un cierto número de ciudadanos, descendientes o herederos de las antiguas familias, poseen en común cierto número de vacas o algunos campos o viñedos cuyo producto se reparten. A veces el municipio alquila algunas tierras a beneficio de los ciudadanos.

Puede darse como cosa cierta que los municipios han conservado en todas partes numerosas atribuciones que hacen de ellos partes vivientes del organismo nacional, y allí donde no han sido reducidos a la extrema miseria nunca dejan de tener sus tierras bien cultivadas. Así las propiedades comunales en Suiza ofrecen un contraste notable con los miserables «commons» de Inglaterra. Los bosques comunales del cantón de Vaud y del Valais están muy bien administrados conforme a las reglas de la silvicultura moderna. En otras partes las «parcelas»

de campos comunales que cambian de propietarios según el sistema de las redistribuciones, están bien cultivadas y especialmente bien abonadas. Los prados de las regiones elevadas están muy bien cuidados y en buen estado los caminos vecinales. Y cuando admiramos los chalets, los caminos de las montañas, el ganado de los campesinos, los terraplenes de viñedos y las escuelas de Suiza, tenemos que recordar que a menudo la madera de armadura para los chalets se saca de los bosques comunales, la piedra de las canteras comunales, las vacas pacen en prados comunales y los caminos, así como las escuelas, han sido construídos por el trabajo comunal. No hay duda que en Suiza, como en todas partes, el municipio ha perdido mucho en sus atribuciones y que la «corporación», limitada a un pequeño número de familias, se ha sustituido al antiguo Común lugareño. Pero lo que queda de atribuciones está lleno de vitalidad, según parecer de los que han estudiado este asunto.

Ocioso resulta agregar que en los pueblos suizos persisten gran número de hábitos y de costumbres de ayuda recíproca: reuniones de noche para monda de nueces, un día en cada casa; veladas para coser la canastilla de boda de una muchacha; llamamientos de «ayudas» para construir las casas y entrar las cosechas, así como para toda especie de trabajos de que pueda tener necesidad cualquier miembro de la comunidad; costumbre de cambiar los niños de un cantón a otro a fin de que puedan aprender dos idiomas, el francés, el alemán, etcétera; todo esto son cosas muy habituales (1) y las nuevas necesidades que puedan surgir se satisfacen de igual modo. La mayor parte de los prados alpestres del cantón de Glaris fueron vendidos en un período de calamidades; pero los municipios continúan comprando campos, y cuando éstos han estado en posesión de diferentes miembros del municipio durante diez, veinte o treinta años, pasan al fondo común y se vuelven a distribuir según las necesidades de cada individuo. Además se van creando gran número de aso-

(1) Los regalos de boda, que en este país contribuyen a menudo materialmente al confort de los recién casados, son evidentemente un resto de hábitos comunales.

ciaciones pequeñas para producir por medio del trabajo en común el pan, el queso y el vino en pequeña escala, y la cooperación agrícola se extiende en Suiza con gran facilidad. Frecuentemente se encuentran asociaciones de diez a treinta campesinos que compran campos y prados en común y los cultivan como copropietarios, y en todas partes hallamos las cooperativas para la venta de la leche, de la manteca y del queso. Suiza es, en efecto, el país de origen de esta forma de cooperación. Ofrece, además, un vasto campo para el estudio de toda clase de grandes y pequeñas sociedades creadas para satisfacer diversas necesidades modernas. En ciertas partes de Suiza existen casi en cada pueblo asociaciones para la protección contra incendios, para la navegación, para la conservación de los muelles de los lagos, para canalizar el agua, etc., sin hablar de las sociedades, muy extendidas, de arqueros, tiradores, topógrafos, «exploradores de senderos», etc., efecto del militarismo moderno de los grandes Estados.

Pero Suiza no es de ningún modo una excepción en Europa, pues iguales instituciones y costumbres se encuentran en los pueblos de Francia, de Italia, de Alemania, de Dinamarca, etc. Más arriba vemos lo que hicieron en Francia diversos gobiernos para destruir el municipio rural y para que la burguesía pudiera apropiarse sus terrenos; pero a despecho de todo esto, una décima parte del territorio bueno para el cultivo, es decir, 5.460.000 hectáreas, comprendiendo la mitad de todos los prados naturales y casi el quinto de todos los bosques del país, continúan siendo posesión comunal. Los bosques suministran leña a los miembros del municipio, y la madera de armadura córtase en gran parte para el trabajo comunal con toda la regularidad deseable; los pastos son libres para el ganado de los miembros del municipio, y lo que queda de campos comunales se parte y reparte en varios lugares de Francia, por ejemplo, en las Ardennes, de modo habitual.

Estas fuentes de aprovisionamiento suplementario que ayudan a los más pobres a atravesar un año de malas cosechas sin verse obligados a vender sus lotes de terreno o sin tener que recurrir a funestos empréstitos, tienen

ciertamente su importancia, a la vez para los obreros agrícolas y para los pequeños propietarios campesinos, que son cerca de tres millones. Hasta puede preguntarse si la pequeña propiedad campesina podría mantenerse sin estos recursos suplementarios. Pero aún es más grande que su valor económico la importancia moral de las posesiones comunales, por pequeñas que sean, pues que conservan en la vida lugareña un núcleo de costumbres y de hábitos de apoyo mutuo que obra como un freno poderoso sobre el desarrollo del individualismo y de la ambición demasiado fácilmente desarrollados por la pequeña propiedad. En todas las circunstancias posibles de la vida aldeana el apoyo mutuo forma parte de la vida diaria en toda Francia. En todas partes encontramos con nombres diferentes el *charroi*, es decir, el apoyo mutuo de los vecinos para entrar la cosecha, para la vendimia o para construir una casa; en todas hallamos iguales reuniones de noche como hemos visto en Suiza; en todas se asocian los miembros del pueblo para toda clase de trabajos. Casi todos los que han escrito sobre la vida de los pueblecillos franceses mencionan estas costumbres. Tal vez sea mejor dar aquí algunos extractos de cartas que recibí de un amigo a quien pedí me comunicara sus observaciones sobre el particular. Proceden de un hombre de edad avanzada que durante cuatro años fué alcalde de su municipio, en el Mediodía de Francia (en el Ariège); los hechos que menciona le son familiares por sus largos años de observación personal, y tienen la ventaja de ser observados en un espacio limitado en vez de ser recogidos sobre un vasto espacio. Algunos pueden parecer insignificantes, pero en conjunto pintan muy bien un pequeño rincón de la vida de los pueblos:

«En varios municipios de las cercanías de Foix (valle del Bargailliere) está aún en vigor la vieja costumbre llamada el *emprout* (el préstamo): cuando en una alquería se tiene necesidad de muchos brazos para realizar rápidamente un trabajo, por ejemplo, cuando se trata de recoger las patatas, cortar el heno, se convoca a la juventud de los alrededores; jóvenes y muchachas acuden, trabajan

riendo, con ardor y gratuitamente, y por la noche, después de cenar, bailotean de lo lindo.

»En estos mismos municipios, cuando va a casarse una muchacha, las demás de la vecindad la ayudan gratuitamente a confeccionar la canastilla de boda. En varios municipios del cantón de Ax (Ariege) las mujeres y las muchachas hilan aún mucho. Cuando se trata de devanar el hilo en una familia, reúnen los amigos de ésta y gratuitamente ayudan a efectuar la operación en una sola velada que termina con una cena. En muchos municipios del Ariege y otros departamentos del Sureste, cuando se trata de quitar la envoltura a las mazorcas, los vecinos ayudan generalmente, siendo luego obsequiados con castañas y vino. Y después de comer, la juventud baila.

»En otros municipios, cuando se trata de hacer aceite de nueces, los jóvenes de ambos sexos se reúnen por la noche, en invierno, en casa del propietario que quiere fabricar el aceite, y, gratuitamente, unos mondan las nueces y los otros las rompen. Las muchachas van por las noches, gratuitamente, por las casas a preparar el cáñamo, después llegan los jóvenes y se arma el bailoteo y los cantos. En el municipio de L., cuando se trata de transportar las gavillas, cada familia recurre a la juventud de toda la comarca para efectuar este fatigoso trabajo. Y estas rudas jornadas transfórmanse, en días de fiesta, pues cada familia tiene el puntillo de ofrecer buenas comidas a los trabajadores. No obtienen otra remuneración, se hace el trabajo para los demás a cambio del suyo cuando sea necesario. Trabajo por trabajo (1).

»En el municipio de S. los pastos comunales aumentan de tal modo a cada año que pasa, que casi todo el terreno municipal es comunal. Los propietarios de ganado escogen los pastos por elección y las mujeres toman parte en estas elecciones cuando son propietarias. Los toros necesarios para la reproducción son comunales.

»En M. reúnen sus cuarenta o cincuenta rebaños en tres o cuatro durante la estación buena y los llevan a

(1) Los georgianos del Cáucaso hacen más: como una comida resulta cara a un pobre, los mismos vecinos que llegan para ayudarlo en el trabajo ofrecen, un carnero para que no falte aquella.

que pazcan en la alta montaña. Los propietarios alternan en la vigilancia, uno por semana, del rebaño del cual forman parte sus borregos. Hay vaqueros comunales, pagados por los propietarios a prorrata del número de vacas de cada propietario. El presupuesto municipal subvenciona el coste y sostén de dos toros.

»En la aldea de C. tres cultivadores han comprado una batidora, de la que se sirven sucesivamente cada uno ayudado por las familias de los otros dos, pues por lo menos se necesitan quince personas para hacerla funcionar. Otros tres cultivadores compraron otra y la alquilan por diez francos diarios. Su propietario está presente para dar las gavillas a la máquina. Tocante a las quince o veinte personas que son necesarias para que funcionen, se componen de los miembros de la familia que alquila la máquina, de los parientes, de los amigos, todos ayudando gratuitamente, esperando que les toque el turno de ser ayudados. La familia ofrece una comida.

»En nuestro municipio de R. hubo necesidad de reconstruir los muros del cementerio. La comisión provincial dió doscientos francos y dos personas ofrecieron otros doscientos, cuya suma total sirvió para pagar la cal y el salario de obreros expertos. El resto del trabajo hizo se gratuitamente por jornadas voluntarias: los vecinos se prestaron para recoger la arena y transportarla, llevar el agua necesaria, fabricar el mortero, servir a los albañiles (tal como se efectúa en la *djemmáa* de los kabylos). De igual modo se recomponen los caminos vecinales. Otros municipios construyen sus casas de idéntico modo. La prensa para hacer el vino y otros instrumentos de menor importancia los suministra a veces el municipio.»

Dos personas que residen en el Ariege, interrogadas por nuestro amigo, le escribieron:

«En O. (Ariege) hace años no tenían molino. El municipio lo construyó. Pero faltaba confiar el molino a un molinero, y para impedir todo fraude y parcialidad se convino en que el grano sería molido gratuitamente y que al molinero pagaríasele a razón de dos francos por persona capaz de comer pan.

»En el L.-G. (Ariege) muy pocas son las personas

que están aseguradas de incendios; pero cuando una familia es víctima de un siniestro, se procede como recientemente procedieron en B. y en T. Todos dan algo a los damnificados: quién una marmita, quién una sábana, etc. De este modo se reconstituye el ajuar; se da albergue gratuito a los desgraciados y cada individuo ayuda a construir su nueva casa. Hasta los habitantes de los pueblos vecinos dan algo. Los habitantes de M. están en vísperas de crear una caja de seguros contra incendios teniendo por base el apoyo mutuo.»

Estos hábitos de mutuo apoyo, que podríamos ir citando indefinidamente, explican, sin duda, la facilidad con que se asocian los campesinos franceses para servirse uno en pos de otro del arado con su pareja de caballos, de la prensa, de la máquina para batir el grano cuando es un solo miembro del pueblo que los posea, y se comprende fácilmente que se unan para efectuar en común toda clase de trabajo rural. La conservación de los canales de riego, el desmonte de los bosques, la plantación de los árboles, la desecación de los pantanos, etc., todo esto realizábanlo los municipios lugareños desde tiempo inmemorial y continúa realizándose actualmente. Hace algunos años que en La Borne, en el Lozère, se transformaron en fértiles jardines las áridas colinas por obra del trabajo en común.

«Careciendo de terreno, construyeron terraplenes; faltando tierra, transportáronla en hombros. Sobre estos terraplenes plantaron castaños, viñas, melocotoneros, buen número de árboles frutales, legumbres, etc., Para fertilizar este suelo artificial construyeron *beals* o canales de una longitud de tres, de cinco kilómetros; recientemente construyeron uno de diecisiete kilómetros.»

A este mismo espíritu se debe el éxito recientemente obtenido por los *sindicatos agrícolas* o asociaciones de campesinos y arrendatarios. No hace muchos años, en 1884, que las asociaciones de más de diecinueve personas fueron autorizadas en Francia, y no tengo necesidad de decir que cuando se arriesgó esta «peligrosa experiencia»—así calificada en ambas Cámaras—tomaron todas las «precauciones» posibles los funcionarios públicos;

pero a pesar de estos peros Francia principia a estar llena de sindicatos. Al principio fundáronse simplemente con objeto de comprar abonos y semillas—la falsificación había alcanzado proporciones colosales en ambos comercios,—pero poco a poco extendieron sus funciones en diversas direcciones, comprendiendo la venta de los productos agrícolas y el mejoramiento de las tierras. En el Mediodía de Francia la filoxera ha dado nacimiento a gran número de asociaciones de viticultores: diez o treinta viñateros constituyen un sindicato, compran una máquina a vapor para extraer agua y organizar las instalaciones necesarias para inundar sus viñedos uno en pos de otro. (Al principio el sindicato se encargaba de suministrar el agua y los demás poníanse de acuerdo para utilizarla juntos. «Lo que acaba de caracterizar este género de asociación es que no media contrato alguno entre el propietario del agua y el comprador. Basta la palabra, y no hay ejemplos de discordias entre ambas partes.») Continúa se forman nuevas asociaciones para preservar las tierras de inundaciones, para el riego, para la conservación de canales, y la unanimidad de los campesinos de la región, requerida por la ley, no es nunca un obstáculo. En otros sitios hay los *fruitières*, es decir, asociaciones lecheras, de las que algunas reparten el queso y la manteca producidas en partes iguales, sin tener en cuenta el rendimiento de cada vaca. En el Ariège hallamos una asociación de ocho municipios distintos para el cultivo en común de las tierras que han reunido. En la misma provincia se han formado sindicatos para la asistencia médica gratuita en 172 municipios de los 337 que contiene, y se crean asimismo asociaciones de consumidores relacionadas con estos sindicatos. «Se efectúa una verdadera revolución en nuestros pueblos—escribe A. Baudrillart—con estas asociaciones, que toman un carácter particular en cada región.»

Poco más o menos puede decirse lo mismo de Alemania. En todas partes donde los campesinos pudieron hacer frente al saqueo de sus tierras, las han conservado como propiedad común. Este estado de cosas predomina